

Mensaje nueve

Experimentar a Cristo como nuestra vida

Lectura bíblica: Col. 3:1-4

I. Si hemos de experimentar a Cristo como nuestra vida, es preciso ver que con Cristo tenemos una misma posición, una misma vida, un solo vivir, un solo destino y una sola gloria—vs. 1-4; cfr. 1 Co. 6:17:

- A. Con respecto a posición, nosotros estamos en Cristo; ya que estamos en Él, estamos donde Él está, a saber: sentado a la diestra de Dios—Col. 3:1; Jn. 17:24; Ef. 2:6:
 - 1. Con respecto a posición, el Hijo está en el Padre (Jn. 10:38; 14:10); nosotros estamos en el Hijo (1 Co. 1:30a), por tanto, estamos en el Padre (Jn. 14:20; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1).
 - 2. Es sólo cuando estamos en el espíritu que estamos en Cristo, en el Padre y en el cielo tanto en un sentido práctico como en términos de nuestra experiencia:
 - a. Una trasmisión viene desde el Cristo que está en los cielos hasta nosotros que estamos en la tierra y se efectúa por medio del Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu—Ef. 1:19, 22-23; 2:22.
 - b. El propio Cristo que está sentado en el trono en el cielo (Ro. 8:34) está también ahora en nosotros (v. 10), es decir, en nuestro espíritu (2 Ti. 4:22), donde se halla la morada, la habitación, de Dios (Ef. 2:22).
 - c. Ya que hoy nuestro espíritu es la morada de Dios, nuestro espíritu es ahora la puerta del cielo, donde Cristo es la escalera que nos une con el cielo y que trae el cielo a nosotros—v. 22; Gn. 28:12-17; Jn. 1:51.
 - d. Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, pasamos por la puerta del cielo y tocamos el trono de la gracia que está en el cielo por medio de Cristo, la escalera celestial; nuestro espíritu es el destino de la trasmisión divina, mientras que el trono de Dios es la fuente de dicha trasmisión—He. 4:16.
- B. La vida de Dios es la vida de Cristo, y la vida de Cristo ha llegado a ser nuestra vida—Jn. 5:26; Col. 3:4:

COLOSENSES

Mensaje nueve (continuación)

1. El hecho de que Cristo sea nuestra vida implica que podemos experimentarle de una manera muy subjetiva—Jn. 1:4; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45; Ro. 8:10, 6, 11.
 2. Es imposible desligar la vida de una persona de la persona misma, pues la vida de una persona es la propia persona; por consiguiente, decir que Cristo es nuestra vida implica que Cristo ha llegado a ser nuestra persona misma, y que Él y nosotros compartimos una misma vida y un mismo vivir—Jn. 14:6a; Fil. 1:21a.
 3. Con respecto al hecho de que Cristo es la vida misma de los creyentes, hay tres características que diferencian esta vida de la vida natural:
 - a. Esta vida es una vida crucificada—Gá. 2:20.
 - b. Esta vida es una vida resucitada—Jn. 11:25.
 - c. Esta vida es una vida escondida en Dios—Col. 3:3-4; Mt. 6:1-6, 16-18.
- C. Buscar las cosas de arriba y fijar nuestra mente en ellas, equivale a unirnos al Señor en Su ministerio celestial, Su empresa divina; en esto consiste vivir a Cristo, es decir, llevar una vida que sea uno con el vivir de Cristo—Col. 3:1-2:
1. Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Sumo Sacerdote que vive para interceder por las iglesias—He. 8:1; 4:14; 7:25; 4:16; Col. 4:2.
 2. Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Ministro celestial que vive para suministrar a los santos las riquezas de Cristo—He. 8:1-2; Ef. 3:8.
 3. Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Administrador universal del gobierno divino, que vive para llevar a cabo el propósito de Dios—Ap. 4:1-2, 5; 5:6; 1:11-12:
 - a. La trasmisión divina, la cual procede del trono que está en los cielos, introduce las cosas de arriba en las iglesias locales—Ef. 1:19, 22-23.
 - b. En Apocalipsis 4 y 5 se nos presenta una visión de nuestro “gobierno central”, y en Apocalipsis, del capítulo uno al tres, encontramos una visión de las iglesias locales, que son las “embajadas” de

Mensaje nueve (continuación)

dicho gobierno; mediante los siete Espíritus, lo que se halla en la “sede” celestial es transmitido a las “embajadas”, es decir, a las iglesias.

- c. Todo lo que suceda en las iglesias locales debe estar bajo la dirección del trono de Dios en los cielos; para que el recobro sea realmente *del Señor*, debe hallarse bajo Su dirección—Col. 1:18; 2:19; Ap. 4:2-3.
- D. Nuestro destino es la gloria; Cristo está llevándonos a la gloria, a fin de que podamos ser manifestados con Él en gloria—He. 2:10; Col. 3:4.

II. Nuestra vida es el propio Cristo que mora en nosotros, y dicha vida está escondida con Cristo en Dios; el Cristo que está escondido en Dios es tipificado por el maná escondido en la urna de oro—vs. 3-4; Éx. 16:32-34; Ap. 2:17:

- A. Cristo (el maná escondido) está en Dios el Padre (la urna de oro); el Padre está en Cristo (el Arca), quien posee dos naturalezas, la divina y la humana; y Cristo como el Espíritu que mora en nuestro interior, vive en nuestro espíritu regenerado para ser la realidad del Lugar Santísimo—cfr. Jn. 14:16-20; 2 Ti. 4:22.
- B. Cuando comemos a Cristo como el maná escondido, somos incorporados a Él para que Dios y el hombre puedan morar recíprocamente el uno en el otro—Jn. 15:5, 7; 8:31; 6:57, 63; 14:23.

III. El hecho de que Cristo es nuestra vida indica claramente que debemos tomarle como nuestra vida y vivir por Él, y que debemos vivirle a Él en nuestra vida diaria—Col. 3:4:

- A. Cristo debe ser nuestra vida en nuestra experiencia y de manera concreta; día tras día necesitamos ser salvos en Su vida—v. 4; 1 Co. 15:45; Ro. 5:10:
 - 1. En la vida divina somos salvos de la esclavitud del pecado, la ley del pecado, mediante la liberación que nos proporciona la ley del Espíritu consumado—8:2.
 - 2. En la vida divina somos salvos del siglo presente de este mundo, mediante la santificación efectuada por el Espíritu consumado—12:2a; 6:19b, 22b.

COLOSENSES

Mensaje nueve (continuación)

3. En la vida divina somos salvos de nuestro ser natural, mediante la transformación realizada por el Espíritu vivificante—12:2b.
 4. En la vida divina somos salvos del individualismo al ser edificados en el Cuerpo de Cristo—v. 5.
 5. En la vida divina somos salvos de toda expresión del yo, mediante la conformación llevada a cabo por el Espíritu que nos imparte vida—8:29.
 6. En la vida divina somos salvos del cuerpo de la humillación nuestra al ser transfigurados por la virtud propia de la vida divina—v. 30; Fil. 3:21; Ro. 8:11.
 7. Ser salvos en la vida divina equivale a reinar en la vida divina—5:17.
 8. Ser salvos en la vida divina nos dará la victoria sobre Satanás—16:20.
- B. El nuevo hombre surge espontáneamente cuando tomamos a Cristo como nuestra vida y le vivimos a Él—Col. 3:3-4, 10-11.